

Hombres en camino: los discípulos de Emaús

(Lc 24,13-35)

El camino, entendido como cambio de un lugar a otro o como paso de una situación a otra, está inscrito en el código genético de todo hombre. Se nace niño y con el desarrollo nos convertimos en adultos; se nace sin conocimiento y progresivamente se llega al conocimiento de uno mismo, de los demás y de la realidad que nos rodea; se nace en un lugar, pero no se está perpetuamente ligado al mismo. El camino se revela por tanto como una necesidad de la vida.

También el mundo religioso-moral conoce y utiliza frecuentemente la categoría del camino, de manera que nuestra vida se convierte en una «peregrinación», tenemos que permanecer en el «buen camino» y recorrer la «recta vía». Es un lenguaje metafórico, tomado del depósito de la fenomenología y de la experiencia de todo hombre. En la categoría de camino queremos proponer la lectura del pasaje.

EL TEXTO

¹³Aquel mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos trece kilómetros. ¹⁴Iban hablando de todos estos sucesos; ¹⁵mientras ellos hablaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶Pero estaban tan ciegos que no lo reconocían. ¹⁷Y les dijo: «¿De qué veníais hablando en el camino?». Se detuvieron entristecidos. ¹⁸Uno de ellos, llamado Cleofás, respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha sucedido en ella estos días?». ¹⁹Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta ante Dios y ante todo el pueblo, ²⁰cómo nuestros sumos sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. ²¹Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, pero a todo esto ya es el tercer día desde que sucedieron estas cosas. ²²Por cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dejado asombrados: fueron muy temprano al sepulcro, ²³no encontraron su cuerpo y volvieron hablando de una aparición de ángeles que dicen que vive. ²⁴Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres han dicho, pero a él no lo vieron».

²⁵Entonces les dijo: «¡Qué torpes sois y qué tardos para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶¿No era necesario que Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria?». ²⁷Y empezando por Moisés y todos los profetas, les interpretó lo que sobre él hay en todas las Escrituras.

²⁸Llegaron a la aldea donde iban, y él aparentó ir más lejos; ²⁹pero ellos le insistieron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y ya ha declinado el día». Y entró para quedarse con ellos. ³⁰Se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. ³¹Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron; pero él desapareció de su lado.

³²Y se dijeron uno a otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». ³³Se levantaron inmediatamente, volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, ³⁴que decían: «Verdaderamente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón». ³⁵Ellos contaron lo del camino y cómo lo reconocieron al partir el pan.

Contexto y dinámica del pasaje

El evangelista Lucas posee en exclusiva el pasaje propuesto. Los dos discípulos no recorren sólo un camino físico porque van de un lugar a otro, sino que, mucho más importante, maduran un nuevo modo de confrontarse con Cristo, planteando el eje de su interés. También esto es camino, movimiento, crecimiento. Pasan del supuesto conocimiento de Cristo, como su miope experiencia lo había pensado, a un conocimiento auténtico que se construye en ellos progresivamente, gracias a la intervención personal de Jesús. Caminan desde las sombras del Antiguo Testamento a la zona de

luz del Nuevo. De los dos discípulos, uno está identificado, se llama Cleofás, pero del otro no se sabe el nombre: todo lector del evangelio podrá poner su propio nombre y no tardará en identificarse, porque cada uno debe cumplir el camino que los dos han trazado con el misterioso compañero de viaje.

Dividiremos el episodio en cuatro partes: después de la presentación de los personajes y de las circunstancias (vv. 13-16) se observará un primer tiempo en el que los dos discípulos se descubren como hombres del Antiguo Testamento por la imagen que se habían formado de Jesús (vv. 17-24); en un segundo tiempo, caminando con el desconocido viandante, se abren a un horizonte nuevo y se convierten en hombres del Nuevo Testamento (vv. 25-32); la parte final indica los resultados y las consecuencias del camino (vv. 33-35).

COMENTARIO BREVE

116

1. Personajes y circunstancias (vv. 13-16)

Estamos en el día de la Pascua, por la tarde. «Dos de ellos», es decir, dos del grupo de quienes deberían ser distintos por ser creyentes, salen de Jerusalén para dirigirse a Emaús, un pueblo a unos 12 km de la ciudad santa, probablemente su país de origen. Este distanciamiento tiene el

sabor amargo de una derrota, la atroz desilusión del «todo se acabó», el desmoronamiento ruinoso de una esperanza cultivada con pasión durante cierto tiempo. Sin embargo, no pueden cortar netamente con el pasado, que no se borra de la vida con un simple pasar la esponja, porque «iban hablando de todos estos sucesos», de todo lo que habían sido en cierto modo víctimas, espectadores pasivos en vez de colaboradores inteligentes y activos.

Si el regreso a Emaús equivale al fin de la aventura con Cristo, no es cierto que todo vuelva a la normalidad sin sacudidas. No se puede estar con Cristo y luego dejarlo como si no hubiera ocurrido nada. Todo ha terminado, pero Cristo sigue ocupando su interés; es más, Cristo sigue siendo un interrogante. Todo ha terminado, pero no todo está claro y Cristo sigue siendo noticia, más aún, sigue siendo un problema. De eso hablan y su diálogo es animado, tanto que la conversación se transforma en discusión, en presentación de opiniones divergentes, de dudas sin resolver.

Jesús se les une para que el camino físico se convierta en un camino de fe que los lleve a ser personas activas que encuentran respuesta a sus interrogantes. Camina con ellos para ayudarles a crecer, a abrirse a horizontes nuevos y a dar pleno sentido a su existencia. Está allí, cerca de los dos, «pero estaban tan ciegos que no lo reconocían». Esta afirmación suena extraña y merece una explicación. ¿Cómo es posible no reconocer a una

persona a la que no se ve desde hace unos pocos días, tal vez solamente desde hace 72 horas? ¿Es que Jesús se presenta tan camuflado que resulta imposible reconocerlo? Creo que no. Y entonces, ¿por qué ocurre esto en las apariciones, tanto que los discípulos temen ver un fantasma y Magdalena en el huerto no reconoce a Jesús y lo confunde con el jardinero? La respuesta a estos legítimos interrogantes está en el misterio de la resurrección de Jesús que, para ser un poco comprendida, debe relacionarse con las otras resurrecciones del evangelio.

El evangelio narra tres milagros de resurrección hechos por Jesús: la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44), la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-17) y la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,21-43). Estos tres casos presentan a personas que, gracias a la intervención de Jesús, vuelven a la vida, retomando la vida que la muerte había interrumpido bruscamente, pero, pasado cierto tiempo, vuelven a morir, porque es el destino de nuestro cuerpo que envejece, se desgasta y se consume.

118

La resurrección de Jesús se distingue netamente de las demás –aunque estas se pueden interpretar como una señal de anticipo– porque Jesús resucita para no morir más. No vuelve a la vida de antes interrumpida por la muerte, sino que entra en una condición nueva, la condición del Espíritu. El cuerpo, real, vive en una situación que no le permite sufrir, envejecer, una situación

que no exige los cuidados normales del cuerpo: comer, descansar, ocupar sitio (Jesús aparece ante los discípulos sin pasar por la puerta). El cuerpo de Jesús es el cuerpo glorificado, el cuerpo de la vida nueva, don de Dios. Existe por consiguiente diferencia entre los cuerpos de los dos discípulos y el cuerpo de Jesús que camina a su lado: pertenecen a dos realidades distintas, unos al mundo terreno, el otro al mundo divino. Ahora bien, no se puede llegar a la realidad divina si Dios mismo no lo hace posible y los dos no pueden reconocer a Jesús porque los ojos del cuerpo humano no pueden reconocer el cuerpo transfigurado de Cristo resucitado. El hombre con sus solas fuerzas no puede encontrar la identidad entre el crucificado de ayer y el resucitado de hoy. Esta identidad es posible sólo a quienes Cristo habilita; en el mundo de lo divino se entra sólo por la gracia, que es don de Dios. Sólo quien recibe este don puede reconocer a Jesús y el don se da a quien camina, a quien avanza en la fe. Jesús con su presencia ayuda verdaderamente a avanzar a los dos discípulos, que deben pasar de un conocimiento veterotestamentario a un conocimiento neotestamentario del Mesías Jesús.

2. Primer tiempo. Lo que pensábamos y esperábamos de él: hombres del Antiguo Testamento (vv. 17-24)

Es fácil y casi normal construirse un Cristo a medida, capaz de entrar sin demasiados esfuerzos en nuestros esquemas y programas. Un Cristo así no molesta en absoluto y se le puede aceptar tranquilamente. Pero este no es el Cristo auténtico, el que nos ayuda a penetrar en la novedad de la vida, a caminar por el camino del descubrimiento. En primer lugar hay que derribar este Cristo que no es Cristo, sino el cómodo ídolo que hemos hecho para nosotros, a nuestra medida y semejanza.

120 A esta tentación han cedido también los dos discípulos que en esta fase de su camino son invitados a manifestar sus ideas. El diálogo comienza con una provocación de Jesús, que quiere precisamente demoler el ídolo que los dos se han hecho. Jesús toma la iniciativa para entrar en diálogo con ellos: «¿De qué veníais hablando en el camino?». La primera respuesta, inmediata e irreflexiva, revela sorpresa irascible. «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha sucedido en ella estos días?». Con el «¿Qué?» de Jesús se plantea la premisa, porque los dos se abren al desconocido caminante, le cuentan sus sentimientos y la idea que se habían hecho de Jesús. Es una forma pedagógicamente muy adecuada de permitir confiarse a los dos, de desahogarse, de presentar ese enredo de dudas que

daba opacidad e inquietaba su conciencia. En el entretiem po, el discurso sobre los acontecimientos recientes crea un puente de solidaridad entre los dos y el cam inante, y el camino se carga de apasionado interés.

Los dos sienten por Jesús una admiración convertida ya en nostalgia; exponen en un cuadro sintético pero completo la imagen de Jesús que se había ido trazando progresivamente en su vida. De ella resulta el siguiente cuadro histórico y teológico.

- Por Jesús sentían una gran estima porque lo consideraban profeta, título cualificado atribuido a los grandes hombres de la historia de Israel. Su grandeza iba unida tanto a la palabra como a su actividad (milagros); su obra era admirable y lo acreditaba ante Dios y también ante el pueblo.
- Los dos expresan la disociación de los hechos que han permitido el precipitar de la situación, porque los responsables son «nuestros sumos sacerdotes y nuestras autoridades». La pasión y la muerte se consideran un incidente no previsto y mucho menos deseado, una trágica fatalidad de la que Jesús ha sido víctima.
- La muerte y todavía más la muerte en cruz han arrojado una sombra sobre la persona de Jesús y han resquebrajado, por no decir destrozado, la férrea confianza depositada en él. Ningún judío podía olvidar la severa condena de la ley:

«El que muere colgado de un árbol es maldito de Dios» (Dt 21,23).

- «Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel» (v. 21): es la frase clave, reveladora de la mentalidad veterotestamentaria de los dos, para quienes Jesús debía ser el Mesías político, el liberador en el sentido humano, lo que todos podían ver y entender, lo que todos esperaban para devolver a Israel su prestigio de un tiempo, liberándolo del sometimiento a los romanos. El verbo griego usado para indicar la liberación (*lytróomai*) expresa bien la espera político-mesiánica que circulaba entre los judíos, incluso entre muchos seguidores de Jesús. A esto se debe añadir el carácter inconciliable para la mentalidad judía del sufrimiento/muerte con la fuerza/vida de Dios: si Jesús era el enviado de Dios, debía necesariamente participar de su fuerza y, por consiguiente, no podía ni sufrir ni morir. El profundo arraigo de estas ideas veterotestamentarias lo demuestra el hecho de que la novedad no se acepta y mucho menos se vive. El sepulcro vacío, el testimonio de las mujeres, la confirmación de los discípulos, todo ocurre sin influir mínimamente. Impermeables y refractarios a cualquier novedad que no entre en sus esquemas, los dos dejan caer todo en el vacío de la indiferencia o, como mucho, de la turbación momentánea, incapaz de regenerar confianza y esperanza. Los dos, al igual que los

demás, se obstinan en querer ver un cadáver, un «él» que sea sólo una de las muchas víctimas de la muerte. Están parados y estancados en su concepción, en su limitado horizonte de hombres del Antiguo Testamento.

Esta actitud suya de cierre, sin disponibilidad a una realidad que sin embargo orienta hacia algo nuevo, tiene como consecuencia crear una desolación interior que se refleja en el exterior con la tristeza del rostro. Son hombres del Antiguo Testamento, son hombres tristes.

3. Segundo tiempo. Lo que Jesús ayuda a pensar y a esperar de él: hombres del Nuevo Testamento (vv. 25-32)

Se necesita un cambio radical. Ya no son dos discípulos que hablan, que expresan lo que piensan de Jesús, sino que es él quien les revela lo que deben pensar para ponerse en camino y acoger el mensaje y la novedad de la resurrección. Los dos se dejan implicar, aceptan que les enseñen las palabras y los gestos del desconocido y, casi sin darse cuenta del todo, maduran las conclusiones que solos no habrían encontrado jamás. Aceptan el dinamismo de un movimiento que, antes de ser físico, afecta al planteamiento del centro de gravedad teológico.

El peregrino que antes había provocado el

discurso y que hasta este punto se había limitado a escuchar toma entonces la palabra. El comienzo es duro porque debe quebrar una resistencia interpuesta entre la realidad de los dos: son «torpes» (no son capaces de comprender) y «tardos» (obstinados y reacios ante el testimonio) cuando, ante una palabra autorizada y auténtica como es la palabra profética, no se ponen en camino en busca de un horizonte nuevo. Se es «torpe y tardo» cuando, con testarudez, no se quieren leer los signos de los tiempos –palabra de Dios escrita en los acontecimientos– y se permanece prisionero de esquematismos propios, malogrados y obsoletos.

124

Jesús comienza para los dos con un entusiasta viaje mediante la palabra profética que toma nervio toda ella en la frase: «¿No era necesario que Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria?» (v. 26). Se anuncia la cruz como instrumento de redención y de salvación, se presenta la muerte como germen de vida. Escribe Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia*: «La cruz es la más profunda inclinación de la Divinidad sobre el hombre y sobre lo que el hombre llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del eterno Amor en las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre». Aquí se encuentra el corazón del cristianismo, el centro propulsor del Nuevo Testamento. También la estructura del pasaje gira alrededor de esta frase como en torno a su eje. A partir de ella se mueven de forma igual y simétrica todas las demás partes.

¿Qué pasajes de la ley o de los profetas citó Jesús? El texto evangélico no se expresa y no podemos más que hacer conjeturas. Tal vez haya recordado el salmo 22, citado por él mismo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). La primera parte del salmo es muy tenebrosa, llena de siniestra luz de abandono y muerte. La segunda parte, en cambio, se abre a una esperanza llena de espera, rebotante de vida. No es el grito estrangulado de un agonizante desesperado, sino el aliento sufrido por quien somete todo a la inescrutable voluntad divina.

Muy probablemente Jesús citara los cantos del siervo de Yavé, sobre todo el cuarto, donde se proclama de manera muy clara la expiación vicaria: uno muere por los demás. Se afirma por primera vez de forma inequívoca que el sufrimiento puede tener valor redentor: «Ha sido traspasado por nuestros pecados, triturado por nuestras iniquidades; el castigo, precio de nuestra paz, cae sobre él, y a causa de sus llagas todos hemos sido curados» (Is 53,5). La comunidad primitiva, instruida por su Maestro, aprenderá a establecer la identidad entre Jesús de Nazaret y el siervo de Yavé: así hará, entre otros, Felipe, que, interrogado por el ministro a propósito de este controvertido pasaje de Isaías, responderá anunciando a Cristo Jesús (cf He 8,35).

Como era precisamente el sufrimiento, incluida la muerte entendida como supremo sufrimiento,

lo que planteaba dificultades, debemos suponer que Jesús insistió en este punto. Se trataba de hacer ver que el sufrimiento no era necesariamente señal de la distancia de Dios y marca de infamia, sino que podía elevarse a impensado instrumento de salvación. Jesús no ha venido a explicar el sufrimiento de manera abstracta, ni a suprimirlo, sino a llenarlo con la presencia de su cruz y desde entonces «todo el sufrimiento que hay en el mundo no es el sufrimiento de la agonía, sino el dolor del parto» (P. Claudel). Con un improvisado minidiscursus exegético, Jesús ha intentado explicar esta sublime verdad a los dos discípulos. Se trataba en resumen de poner la luz del amor y el vigor de la vida allí donde reinaba la siniestra fuerza de las tinieblas, del odio y de la muerte. Jesús enseña a comprender el misterio de la vida (resurrección) partiendo del sufrimiento y de la muerte. Lo hace abriendo su inteligencia a la comprensión de las Escrituras y caminando con ellos; les ayuda a dar el paso decisivo que lleva más allá del simple hecho de la muerte para vislumbrar la luz de la vida. Jesús exegeta ha inaugurado un modo nuevo de hacer escuela: es la escuela de la vida, la escuela del maestro que camina con los discípulos hacia horizontes inexplorados e impensables, pasados los cuales florece la vida en la eterna primavera de Dios.

¿Han comprendido los dos la lección? El intento de Jesús de ir más allá (cf v. 28) tiene la función de un mini-examen, apéndice del mini-

curso bíblico que acaba de terminar. Espontáneo y lógico brota el «Quédate con nosotros». La presencia de Jesús no sólo no molesta, sino que agrada. Este misterioso caminante ha abierto perspectivas nuevas, ha ayudado a leer la realidad en profundidad y con ojos nuevos. Como por arte de magia, todo ha cobrado un sentido e incluso el sufrimiento y la muerte tienen valor en el plan de Dios. El deseo de retener al huésped significa que han comprendido y aceptado sus palabras. Han aprobado el examen con buena nota.

Jesús acepta la invitación a quedarse porque su misión todavía no ha acabado. Quiere recordar que el camino comienza con la Escritura y termina, mejor dicho, culmina, en la acción sacramental del partir el pan. «Se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (v. 30). ¿Ha celebrado Jesús la eucaristía o bien simplemente ha repetido los gestos que el padre de familia realizaba antes de comer? Los estudiosos se dividen al respecto: para algunos se trata de una verdadera consagración eucarística, para otros de una simple bendición. En una cosa sin embargo están todos de acuerdo: Lucas al contar este pasaje emplea las palabras «partir el pan», que en el libro de los Hechos de los Apóstoles designa, como término técnico, la celebración de la eucaristía. Se narra así: «Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en partir el pan y en las oraciones» (He 2,42). Dada esta afinidad de

vocabulario, podemos considerar que Lucas presenta el gesto de Jesús como acción sacramental. Tendríamos así la Escritura y la eucaristía como elementos indispensables para el encuentro, la aceptación y el reconocimiento de Cristo.

En este punto «sus ojos se abrieron y lo reconocieron; pero él desapareció de su lado» (v. 31). Antes lo veían y no lo reconocían, ahora lo reconocen, pero ya no lo ven. No desean tampoco verlo, porque haber entrado en su mundo, gracias a la comprensión y a la adhesión, no necesita ya un contacto material, la aportación de los sentidos. Al aceptar la idea del sufrimiento (un morir *por* amor), han podido comprender algo del misterio de la Pascua. Impulsados por el misterioso caminante, han recorrido el camino que los ha llevado a renunciar a la idea de un mesías político, para hacer suya la idea de un mesías que en el sufrimiento y en la muerte vence el pecado y libera al hombre. Ahora son hombres del Nuevo Testamento porque aceptan al Cristo que sufre, muere y resucita. Sólo en este momento, después de que Cristo los ha preparado y los ha habilitado para entrar en la esfera de la vida nueva en el Espíritu, pueden establecer la identidad entre el crucificado de ayer y el resucitado de hoy.

Emaús, lugar inicial de destino y tumba de las esperanzas, se tiñe de confianza. El camino no termina, sino que en Emaús se ha iluminado el horizonte y la vida ha vuelto a latir. El latido ha sido advertido cuando se leían y comprendían las

Escrituras de modo nuevo: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Cuando seguían en la limitación del Antiguo Testamento, dudas e incertidumbres se dibujaban en su cara con los rasgos de la tristeza, de la opacidad, de la incapacidad para unir en un conjunto armónico los elementos que la realidad ofrecía. Ahora, por el contrario, es familiar la alegría ardiente y explosiva, la comprensión luminosa que permite integrar todo en el plano de Dios, realizado por el Mesías Jesús y preanunciado por las Escrituras: «La Biblia es un único gran libro, donde todo viene en virtud del todo» (M. Buber). Solamente ahora, tras el descubrimiento y la aceptación del Mesías como Jesús se lo ha presentado, pueden llamarse hombres del Nuevo Testamento; como pertenecen al Nuevo Testamento, son hombres con el corazón rebosante de alegría. El camino ha llegado a una meta importante, pero no ha alcanzado aún la meta definitiva.

4. El resultado del camino (vv. 33-35)

129

El tiempo justo para hablar de sus sentimientos, el tiempo justo para darse cuenta de que han caminado de verdad y que ahora se han transformado en hombres nuevos y luego, venga, corriendo de vuelta a Jerusalén a comunicar su experiencia. El descubrimiento de Cristo convierte a la fuerza

en mensajeros, misioneros. No valen las motivaciones, aun verdaderas, del cansancio y de la hora tardía: vuelven a salir para cumplir, con el corazón lleno, el camino que pocas horas antes habían recorrido tristes y en retirada. Vuelven a Jerusalén a anunciar que su camino hacia Emaús no ha sido sólo y exclusivamente el cambio de un lugar a otro, sino más bien el camino de una visión miope del Mesías a una visión profunda, serena y completa de la realidad vivida por ellos y no comprendida. Todo eso ha sido posible por el misterioso peregrino que, uniéndose a su camino hacia Emaús, les ha ayudado a caminar hacia el Nuevo Testamento, aceptando como indispensable el paso a través del sufrimiento y la donación total, porque así enseñan las Escrituras y en eso consiste la fracción del pan.

130

Una duda atroz podría invalidar el camino y volver a zambullir a los dos en el abismo de la desesperación. ¿Será verdadera la experiencia de Emaús o han sido víctimas de una alucinación? ¿No podrían ser víctimas inocentes e impotentes de una esperanza frustrada que ahora se presenta bajo la sombra de la realidad? ¿No podría ser una manera de continuar en el tiempo una ilusión que había dado vida a una aventura maravillosa? Es verdad que son dos y llegan a las mismas conclusiones, pero se conocen también las alucinaciones colectivas, la infatuación de masa. ¿Puede haberles ocurrido algo parecido?

El texto no se adentra en problemáticas psi-

cológicas, dice sencillamente que los dos «se levantaron inmediatamente, volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros» (v. 33). Los dos vuelven con sus amigos de un tiempo, con los que compartían la misma confianza en Jesús, con los que habían vivido la tragedia del Viernes y el consiguiente derrumbamiento de las esperanzas. Los dos son recibidos por sus amigos desanimados de ayer con el grito triunfante: «Verdaderamente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón» (v. 34). El anuncio del Señor resucitado aparecido a Simón se convierte en el sello de garantía de la autenticidad de su experiencia. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* (donde está Pedro, allí está la Iglesia): la presencia de Simón Pedro confiere unidad orgánica y eclesial al grupo de los amigos de Jesús; la experiencia de Pedro se convierte en elemento normativo para la experiencia de los demás que se reconocen en la Iglesia de Jesús. Los dos son recibidos y escuchados en la comunidad eclesial presidida por Pedro: su experiencia vale como riqueza carismática que lleva más luz a la comunidad eclesial que acoge y certifica como real y auténtica su experiencia. Cristo resucitado hace don de su presencia y de su reconocimiento a la autoridad y a los súbditos, en el centro y en la periferia, para que todos juntos lleguen a la identidad del Crucificado de ayer con el Resucitado de hoy y de todos juntos, como comunidad que acoge y sigue a Cristo, y sean capaces de anunciarlo siempre y en todas partes en los caminos del mundo.

Todos los hombres que leen la admirable página de la narración de los dos discípulos de Emaús son invitados a recorrer el mismo camino que lleva a un conocimiento cada vez más completo y personal de Cristo: conocerlo para anunciarlo y dar testimonio de él. Así hizo Cleofás, así hace todo cristiano que quiere identificarse con el compañero anónimo de Cleofás.

DEL TEXTO A LA VIDA

1. ¿Estoy yo también en camino como los dos discípulos de Emaús? ¿En qué dirección me muevo? ¿Con quién estoy caminando?
2. ¿Puedo contar a un amigo, en pocas frases, mi credo religioso? ¿Quién es Jesús para mí? ¿Cómo entra en mi historia personal?
3. ¿Corro el riesgo de construirme un Cristo a medida, recortado según mis gustos y mis necesidades? ¿Verifico que sea el Cristo del evangelio anunciado por la Iglesia y testimoniado en la fe activa de muchas personas? ¿Acepto sólo al Cristo resucitado o también al de la pasión y la muerte? ¿Con quién verifico la «ortodoxia» de mi fe?
4. El anuncio de la experiencia cristiana lo hacen dos discípulos, es decir, en pareja, o mejor, en comunión. ¿Hago referencia a algún grupo eclesial? ¿A cuál? ¿Qué recibo y qué ofrezco? ¿Soy capaz de testimoniar *con otros y a otros*

mi fe? ¿Recuerdo algún ejemplo? ¿Aplico el principio de la encíclica *Redemptoris missio* según el cual «la fe se aumenta donándola»? (n. 2).

5. La experiencia personal de los dos discípulos se compara y se enriquece con la experiencia eclesial de Pedro y de los demás apóstoles. ¿Vivo mi vida cristiana como un navegante solitario o bien soy consciente de ser parte activa de un cuerpo vivo que se llama Iglesia? ¿Qué relación mantengo con la Iglesia? ¿Cómo soy Iglesia en la vida de todos los días?

6

De la misericordia a la gratitud

(Lc 17,11-19)

Al final de nuestra reseña presentamos un episodio que contiene todavía los signos tangibles de la misericordia divina. Al mismo tiempo encontramos una modalidad de respuesta, como para subrayar que el encuentro entre Dios y el hombre ocurre siempre en un contexto de relación de diálogo, personal, amoroso e inteligente. Dios tiende la mano amiga a través de la persona de su Hijo, el hombre debe responder. Una justa respuesta es su actitud de grata acogida del don.

En general la gratitud no es espontánea, y a los niños hay que recordarles muchas veces que digan «¡gracias!» antes de que se acostumbren a decirlo por educación. Y una vez de mayor, nada garantiza que se mantenga la costumbre. La capacidad de dar gracias y, por consiguiente, la virtud del agradecimiento (o gratitud), es una expresión de afecto, como recuerda un proverbio africano: «El agradecimiento es la memoria del corazón». Es la capacidad de recordar y, por tanto, de

amar. La conexión entre «recuerdo» y «amor» es evidente con un sencillo apunte filológico. La palabra «recordar» viene del latín *recordari*, que significa, literalmente, hacer subir de nuevo (*re-*) al corazón (*cord-* del latín *cor-cordis*). No es por tanto sólo una actividad de la inteligencia, también lo es de la voluntad y del corazón. Recordar es pensar con amor.

El episodio que presentamos pone en el escaparate la figura del samaritano que, una vez curado de la lepra, no se deja «centrifugar» por la embriaguez de su nuevo estado y guarda memoria del autor de su curación. Vuelve para dar las gracias. Este agradecimiento hace brotar un milagro todavía más sorprendente que el primero.

EL TEXTO

136

¹¹Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasó por entre Samaría y Galilea. ¹²Al entrar en una aldea, salieron diez leprosos a su encuentro, que se detuvieron a distancia ¹³y se pusieron a gritar: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». ¹⁴Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y mientras iban, quedaron limpios. ¹⁵Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en voz alta ¹⁶y se echó a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era samaritano. ¹⁷Jesús dijo: «¿No han quedado limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¹⁸¿No hubo quien volviera a dar gracias a Dios, sino este extranjero?». ¹⁹Y le dijo: «Levántate, anda: tu fe te ha salvado».

Contexto y dinámica del pasaje

Con este pasaje comienza la tercera y última etapa del viaje de Jesús a Jerusalén. Es un recorrido geográfico y teológico a la vez. La idea del gran viaje sirve a Lucas, entre otras cosas, para insertar mucho material que es exclusivo suyo. También nuestro texto es exclusivo de Lucas: propone la temática, tan querida por él, de la salvación de los excluidos y de los lejanos.

El pasaje tiene dos partes: en la primera se narra un milagro de curación que afecta a diez leprosos (vv. 11-14); en la segunda, uno de ellos, un samaritano, vuelve para agradecer su curación y logra una palabra de salvación (vv. 15-19). El vínculo entre las dos partes está en la referencia a los nueve que faltan, incapaces de agradecimiento.

COMENTARIO BREVE

El pasaje se abre con una vaga indicación geográfica: Jesús va hacia Jerusalén y atraviesa las dos regiones de Samaría y Galilea. En el camino de norte a sur, Jesús debería pasar primero por Galilea y luego por Samaría. La inversión de Lucas se debe tal vez al deseo de dar la preeminencia a Samaría, región aborrecida a causa de sus habitantes, considerados «infieles». Uno de ellos da viveza y originalidad a la historia del milagro.

1. Todos curados

La presencia de Jesús crea siempre novedad. A su llegada a un pueblo diez leprosos le dirigen la súplica, obviamente con el ardiente deseo de ser curados. Se mantienen a la debida distancia, según rígidas prescripciones. Estas, más que circunscribir el mal, impidiendo su contagio, se entendían por el culto: la lepra, según el pensamiento religioso judío, convierte en impuro y el que la sufre transmite la impureza no sólo a las personas y a los objetos que toca, sino también a la casa en que entra. Por eso tiene que vivir separado, llevar ropa rasgada y la cabeza descubierta, cubrirse la barba y gritar: «¡Impuro, impuro!» (cf Lev 13,45). Los leprosos llevaban los signos del luto y, además de la pena de la enfermedad, tenían que sufrir esta marginación. Quedaban abandonados inexorablemente a su destino de muerte: «El leproso es un contaminado que contamina. Sólo Dios puede curarlo con un prodigio parecido a la resurrección» (S. Fausti).

138 No es la primera vez que Jesús vence a la lepra; su encuentro con el leproso de 5,12-16 había demostrado que él es Señor que puede ordenar también a la enfermedad: «Quiero, queda limpio» (5,13). No sabemos si los diez leprosos de nuestro pasaje se habían enterado de lo ocurrido. Tal vez a causa de su segregación no conocen bien a Jesús, al que se dirigen con el título genérico de «maestro»; ciertamente se dirigen a él con

la esperanza de ser curados. Confían su deseo a una jaculatoria: «Jesús maestro, ten compasión de nosotros». Es la invocación que se eleva desde lo hondo del corazón de quien tiene una urgente necesidad que hace pública con su grito.

Jesús no es sordo al grito de ayuda y responde. Su intervención es inmediata, decidida en cuanto ve a los diez y oye su petición. En vez de una palabra de curación, como suele ocurrir en situaciones similares, o ir hacia los enfermos superando ciertos tabúes, ordena, extrañamente, que vayan ante los sacerdotes. Entre los oficios sacerdotales estaba también el de verificar la presencia o no de la lepra y por tanto de declarar impura o no a la persona (cf Lev 13,12-17). Era necesario tener el reconocimiento de curación para la readmisión del anteriormente enfermo en la comunidad. La palabra de Jesús podría ser desobedecida e incluso escarnecida: ¿no es demasiado poco para procurar una curación? Pues no. Inmediatamente recibe crédito y los diez se dirigen hacia las personas competentes. Durante el trayecto se produce el milagro de la curación, expresado con «quedaron limpios». El verbo griego *ekatharístēsan* no remite en primer lugar al mundo médico o clínico, sino al moral y religioso; más concretamente se debería traducir por «quedaron purificados». La lepra, de hecho, llevaba consigo una exclusión que la hacía muy parecida al pecado.

En este punto, con el milagro ya realizado, cabría esperar la reacción de júbilo de los interesa-

dos o de la muchedumbre, como ocurre muchas veces al final de relatos parecidos (cf 5,15; 13,10). Una vez más la misericordia de Jesús se concreta de manera poderosa. El objetivo, en cambio, se desplaza del grupo como tal a un individuo. A él se dirigen los reflectores del interés, imprimiendo al milagro una novedad que hace historia. Lucas pone su interés en esta segunda parte y con ella transmite su principal mensaje.

2. Un solo salvado

El camino hacia los sacerdotes sufre una parada. Hace falta fuerza de ánimo y una motivación profunda para bloquear un movimiento que se hace instintivo e impetuoso en el momento de la constatación del milagro. Sería lógico pensar en una carrera para obtener el certificado médico de salud que permite el retorno al consorcio de los hombres, el final de la segregación y de la humillación. El grupo sigue esta línea «lógica». Los diez obedecieron en el acto la orden de Jesús, aprobaron la prueba de la fe.

Sólo uno puede aprobar, cosa mucho más difícil, la prueba de la gratitud. Va de camino con los demás, pero detiene la marcha y se da la vuelta. Su curación no le hace pensar en el luego, sino en el antes; no en lo que le puede suceder, ahora que es como los demás, sino en quien le ha permitido volver a ser como los demás. En

resumen, no piensa en sí, sino en Jesús, que lo ha curado con su palabra. «Recuerda» que, como hemos visto antes, significa «hacer pasar del corazón», y de aquí nace su agradecimiento. La voz utilizada antes para gritar y lograr la intervención de Jesús (cf v. 13) se emplea ahora para alabar a Dios (cf v. 15): alta antes, «grande» ahora, según la expresión del texto griego. La glorificación de Dios, respuesta habitual en Lucas ante el milagro (cf 5,25-26; 7,16; 13,13), certifica por parte del beneficiario del milagro su percepción de la intervención divina en la persona de Jesús. Tal vez sea excesivo suponer que lo puede reconocer como Dios; está claro que lo considera en estrecha sintonía con Dios, pues es capaz de realizar cosas extraordinarias. Arrojarle a los pies de Jesús es un acto de homenaje y de gran estima que se hacía sólo ante personajes ilustres. Es un gesto que prepara la palabra de agradecimiento.

Es ahora cuando Lucas da la identidad de este hombre que se ha señalado dentro del grupo. «Era un samaritano». La precisión, guardada con cuidado casi hasta el final como para crear *suspense*, se transforma en una provocación intencionada. Significa que los demás no eran samaritanos, eran judíos. Una primera y periférica consideración, recuerda que el grupo era «mixto», formado por judíos y por un samaritano. La enfermedad ha unido a los rivales de un tiempo, derribando las barreras que normalmente se erigían para distinguir claramente a los dos grupos. A Lucas le gusta

representar con simpatía a los odiados samaritanos, tal vez porque, al ser extranjeros como lo fue él en otro tiempo, cargan con el peso de la antipatía y del aislamiento. También él conoce sus límites, que, en caso necesario, no omite: «Pero los samaritanos no lo recibieron porque iba camino de Jerusalén» (9,52). De hecho, había ocurrido que algunos discípulos, mandados con anterioridad a un pueblo samaritano para ocuparse de los preparativos, se encontraron con una seca negativa. Jesús no fulmina a los habitantes, como querían Santiago y Juan. Se limita a buscar un pueblo más acogedor. El episodio queda como poco más que un paréntesis, porque enseguida el grupo samaritano se redime con la admirable parábola del buen samaritano (cf 10,29-37), que Jesús señala como ejemplo incluso a un doctor de la ley. Y ahora, no ya una parábola, sino un hecho histórico muestra la exquisita delicadeza espiritual de un samaritano, capaz de agradecer. Antes de que el gracias llegue a sus labios, prende en el corazón.

142 La reacción de Jesús es una mezcla de decepción y de aprobación. La decepción nace de la amarga constatación de que la mayoría ha sido ingrata. Hay que observar que Jesús no pide un gracias para él, sino un acto de alabanza a Dios, el reconocimiento de que Dios obra en su persona. «Dar gloria a Dios» es la manera semítica de expresar las gracias, mucho más si tenemos en cuenta que la lengua hebrea no tiene un vocabu-

lario específico para expresar el agradecimiento y la gratitud, y por eso utiliza la expresión de la alabanza a Dios. La gratitud por parte de todo el grupo habría sido una gran oportunidad para conocer mejor a Jesús, y ¡quién sabe!, tal vez llegar a comprender que él era el Hijo. Pues no. Jesús debe comprobar amargamente que ninguno vuelve, salvo este «extranjero». Extranjero se entiende según la acepción común, no según el pensamiento de Jesús, para quien él es el único, auténtico ciudadano, esto es, parte viva del pueblo de los salvados.

De salvación se habla en el último versículo. El regreso procura al samaritano la salvación espiritual, tras la corporal. Una salvación integral que recuerda la del paralítico (cf 5,17-26). «Levántate y anda. Tu fe te ha salvado» son las palabras del nuevo nacimiento, de la renovación del corazón, gracias al milagro del amor que se llama perdón. La salvación, aunque se ofrece a todos, sólo es eficaz cuando la acepta la fe. Esta consiste en darse cuenta del don y en dirigirse al donante. El milagro, más que por el bienestar que produce, sirve para la transformación de los sentimientos y para el cambio moral a que da lugar. Diez han sido los curados, pero sólo uno el salvado. Otra vez un samaritano se propone como modelo. El sentido de gratitud ha allanado el camino y le ha merecido recibir el don de la salvación.

De esta forma, de la misericordia inicial de Jesús que realiza el milagro se pasa al agradecimien-

to y este genera una misericordia todavía mayor, que es la salvación integral del hombre, curado por fuera (lepra) y por dentro (pecado).

3. El deber y la necesidad del agradecimiento

La gratitud es el sentimiento de quien reconoce ser deudor y quiere serlo siempre. No tiene la pretensión de saldar la deuda con una palabra, ni con un puñado de dinero. La gratitud es una devolución que continúa. Es un corresponder, sin la pretensión de lograr el balance. Es aceptar, con alegría, que la vida está unida a Otro y a muchos otros.

144

El agradecimiento que Jesús espera es nuestra capacidad de abrirnos al don divino, nuestra aptitud para la alabanza y para la glorificación de Dios. La gloria de Dios es el fin del hombre, su realización, porque la gloria de Dios es el hombre vivo (san Ireneo). Dar las gracias es, por un lado, abrirse al otro, y, por otro lado, permitir al otro que siga enganchado a nosotros. Tenemos que ser más «eucarísticos» (de la palabra griega que señala a los que dan las gracias). Nuestras eucaristías se convierten en el lugar privilegiado para sentir y demostrar nuestra gratitud, a Dios en primer lugar, y luego a todos los hermanos. Por eso, entre las pocas palabras verdaderamente necesarias que deben siempre florecer en nuestros labios, se debe incluir un «Gracias» con mayúsculas a Dios

y a los hombres. Por la virtud del agradecimiento el milagro continúa y se perpetúa: la salvación se hace comunión.

DEL TEXTO A LA VIDA

1. ¿Puedo decir que hago florecer con frecuencia el gracias en mi corazón y en mis labios? Si pretendo, con justicia, una señal de gratitud cuando hago un favor o doy algo, ¿estoy igualmente dispuesto a mostrarme agradecido cuando son los demás los que me favorecen? ¿Sé que no es una cualidad innata o espontánea? ¿Cómo me educo o me ejercito?
2. ¿A quién ha llegado, recientemente, mi gratitud? ¿Tal vez se la he negado a alguien por ligereza, desinterés, mala gana? ¿Con quién me resulta fácil la gratitud? ¿Con quién me resulta difícil? ¿Por qué?
3. ¿Soy capaz de dar gracias a Dios por los numerosos bienes recibidos, desde el de la vida hasta el de la fe, pasando por las gracias de todos los días? ¿Cuánto colorea mi existencia espiritual la oración de agradecimiento? ¿Por qué cosas me gusta dar gracias al Señor?
4. Una modalidad del agradecimiento es la apreciación de las acciones de los demás, en la forma de la gratificación. ¿Soy capaz de reconocer, apreciar y alabar las obras de los demás? ¿Tal vez doy por descontado que «cada